

Tudela durante la guerra de la Independencia

La ejecución de José Bordeu y las desagradables consecuencias
del combate del 8 de junio de 1808

Utilizando como base un dramático episodio ocurrido al empezar la guerra de la Independencia, he tratado de rastrear el origen y fundamento de la opinión —muy extendidas por Zaragoza en aquellos tiempos y que figura impresa en periódicos y folletos de entonces— de que Tudela fue en el verano de 1808¹ un nido de traidores y afrancesados, y que la actuación de sus autoridades y vecinos dejó mucho que desear². Este punto de vista de los aragoneses, mantenido incluso por Palafox y totalmente reñido con la verdad, nació de la forma más inesperada y fue causa, aparte de muchos disgustos posteriores, de que un vecino de Tudela fuese ajusticiado, víctima de las circunstancias del momento y de esa «vox populi». dentro de la ciudad sitiada.

¹ Los franceses ocuparon Tudela por tres veces consecutivas; todas ellas en la segunda mitad del año 1808.

El día ocho de junio de dicho año se libró un combate en las afueras de la ciudad, y como resultas de él entró el ejército francés por vez primera. Estas fuerzas estaban mandadas por el General de División Lefebvre-Desnouettes. A este combate y a sus consecuencias se refiere el presente trabajo.

Tudela, evacuada cuando los franceses levantan el primer Sitio de Zaragoza, vuelve a ser ocupada el día 1.º de septiembre, sin que hubiera fuerzas para oponerles resistencia. Esta vez se trataba de una medida de orden táctico, sin otro fin que el de contestar a los movimientos de aragoneses y valencianos en el valle del Ebro. Volvió a ser evacuada por los franceses el día seis de este mismo mes.

Finalmente, el día 23 de noviembre se presenta el Mariscal Lannes al frente del Tercer Cuerpo de Ejército y, tras derrotar al general Castaños, ocupa Tudela nuevamente. Esta vez la presencia del Ejército francés durará hasta junio de 1813, es decir hasta el final de la guerra.

¹² Después de leer y estudiar una gran cantidad de documentos y folletos contemporáneos, creo poder puntualizar que las acusaciones hechas por los aragoneses a los tudelanos se agrupan de la siguiente manera:

1.^a *Existencia en Tudela de partidarios del gobierno intruso.* En realidad sólo se puede calificar de afrancesado destacado a un tudelano: D. José María Magallón y Armendáriz, quinto Marqués de San Adrián, que fue primer Maestro de Ceremonias en la Corte de José Bonaparte. Pero se da la circunstancia de que no hizo acto de presencia en Tudela durante todo el curso de la guerra y, por lo tanto, los aragoneses no pudieron tener motivos para quejarse de él. Piuolo haber habido otros simpatizantes del Gobierno intruso o de las ideas que éste representaba, pero por tratarse de particulares, sin participación en el gobierno de la ciudad, no influyeron, tampoco, en la marcha de los acontecimientos. Si existieron, significaron tan poco que su nombre no ha trascendido hasta nosotros, según deduzco de la minuciosa búsqueda que he realizado para dar con ellos.

2.^a *Mala distribución del armamento y munición.* Los fusiles enviados por los aragoneses resultaron escasos, inservibles muchos de ellos, y sólo pudieron repartirse momentos antes de empezar el combate. Debemos suponer que los hombres que trajo el marqués de Lazán a Tudela vendrían armados desde Zaragoza y que los fusiles remitidos lo serían para uso de los tudelanos. No nos cabe duda, por las referencias que tenemos del combate, de que los tudelanos supieron emplear las armas recibidas. Los fusiles, por lo tanto, fueron a parar a manos de quienes los merecían y si acaso algunos no llegaron a emplearse sería porque, habiéndolos recibido en el último momento, no hubo lugar a repartir la

Cualquiera de las mil guerras que han perturbado el tranquilo discurrir de la Humanidad ha estado llena de anécdotas, aventuras y episodios dramáticos. Algunos de estos trances —los menos— han conseguido llegar hasta nosotros, por haber habido algún cronista que en sus escritos los perpetuase; de otros han dado fe los empolvados documentos arrinconados en cualquier archivo y sacados a la luz por los eruditos y amantes de la Historia. En el caso presente, un modesto cronista de aquel entonces, en una de las páginas de su «Diario», dedicado a relatar las incidencias de los Sitios de Zaragoza, perpetuó como un episodio vulgar, entre tantos otros heroicos y sangrientos, el desgraciado final de José Bordeu, francés de nacimiento y vecino de Tudela³,

totalidad. Podría hablarse, naturalmente, de desorganización en el reparto de armas y en el suministro de munición durante el combate, pero ¿de qué medios disponía la Junta Militar de Tudela para superar las dificultades e imprevistos que, lógicamente, tuvieron que presentarse en tales circunstancias? Pudo, por lo tanto, culparse a la Junta tudelana de falta de eficiencia en el reparto de armas y municiones, pero no de traición. Lo de que los tudelanos ocultaron estas armas maliciosamente es puro cuento.

3.^a *Entrega a los franceses de las armas recibidas para su defensa.* En todas las guerras, al producirse una desbandada, el soldado se desprende del fusil y cartucheras, tirándolos, como medida necesaria para poderse escabullir con mayor facilidad. Esto tuvo que ocurrir, naturalmente, con los combatientes tudelanos. ¡Y seguramente también con muchos de los aragoneses! Los que se refugiaron en el pueblo escondieron las armas como pudieron, pero luego muchas de ellas hubieron de ser entregadas a las autoridades francesas en cumplimiento de los bandos que amenazaban con pena de vida a quien, en los registros subsiguientes, se le encontrara alguna. Aun así y todo las armas entregadas por este motivo debieron de ser tan pocas, que la Comandancia de la Plaza se vio obligada a repetir el bando en varias ocasiones, con intervalos de algunas semanas.

4.^a *No haber dificultado el arribo de artillería pesada, municiones y víveres al Sitio de "Zaragoza en su tránsito por Tudela.* Esta queja procede del marqués de Lazan, y a ella contesta Yanguas y Miranda con lógica aplastante: "Causa rubor oír hablar en semejantes términos a un General que debe saber calcular las operaciones de la guerra. Lo mismo hizo Zaragoza cuando, después de subyugada, dejaba transitar libremente los convoyes enemigos para Lérida, Tortosa, Valencia y otras partes".

³ En el Archivo de Protocolos, de Tudela, existen varias escrituras notariales referentes a José Bordeu. La más antigua que encontré corresponde al año 1801, por lo que podemos suponer que éste se hallaba establecido en Tudela desde siete u ocho años antes de su muerte, como mínimo. En aquellos tiempos formaba parte de la razón social "Darribes y Cía.", siendo este D. Pedro Darribes de nacionalidad francesa también.

Las escrituras en cuestión son por lo general poderes: unas veces a favor de Bordeu, y otras otorgados por éste a favor de terceros para el cobro de cantidades en pueblos de la comarca tudelana, lo que me hace suponer que los vecinos de los pueblos próximos (quizá modestos revendedores) acudían a su establecimiento de Tudela, o que él visitaba sus localidades para efectuar las ventas.

En 1808 los documentos referentes a Bordeu dan idea de que se ha convertido en comerciante individual y de que su negocio es de bastante envergadura. Se dedica principalmente a la venta de quincalla, pero su comercio podría calificarse de "mixto" —como debían ser la mayor parte de los de aquel entonces— pues lo mismo vende vajilla, que tejidos, jabón o papel de empapelar paredes. A la vez comercia como exportador de regaliz. Tiene en esas fechas un criado, también francés, llamado Esteban Nogués.

De todas las escrituras relacionadas con Bordeu antes de su muerte, la más importante es un arreglo de cuentas con D. Eugenio Bona, fechado el 31 de mayo de 1808, pero sospecho que este arreglo no llegó a cumplirse por no haberlo permitido los acontecimientos políticos. (Téngase en cuenta que Tudela se pronuncia por Fernando VII a los dos días de hecha la escritura).

Poco tiempo antes de 1808 Bordeu había enviudado de una española que en algunos documentos consta como Isabel y en otros como Marta Laplaza. Al iniciarse la guerra y los disturbios con que comenzó, la hija única de Bordeu se hallaba en Francia, en Isaste, junto a su abuelo paterno. Siendo menor de edad en aquellas circunstancias, este familiar cuidó después de la niña en calidad de tutor.

ajusticiado en Zaragoza un día cualquiera del verano de 1808, entre el griterío de una multitud soliviantada y el no muy lejano tronar de los fusiles y cañones. Pero como se trataba de un episodio sin relieve, sin el respaldo de un nombre conocido o de un hecho de armas insigne, nadie, después, ha hurgado el pasado con ánimo de conocer mejor a este hombre o de saber, simplemente, más detalles relacionados con su vida y su trágico final. La cosa no tiene nada de extraño: Por una parte el «Diario» de Faustino Casamayor⁴, donde figura esta noticia, es relativamente poco conocido y por otra, ¿qué se puede llegar a averiguar hoy de un modesto comerciante francés⁵ afincado en un pueblo navarro hace más de siglo y medio y del que la única noticia que tenemos es la de su muerte? Yo me he propuesto, sin embargo, investigar esta cuestión, tanto por ser cosa relacionada con Tudela como por la curiosidad del asunto, que es tal y como lo copio a continuación:

«*Dos de julio de 1808.*—Al mediodía llegó la Justicia de Egea de los Caballeros trayendo 26 franceses prisioneros, que habían ido a dicha Villa por cuarenta vacas, con don José Bordeu, comerciante francés de Tudela, que fue el que entregó dicha Ciudad a los franceses con el Marqués de Montesa; los cuales fueron conducidos a la cárcel, menos dicho Bordeu, a quien inmediatamente que lo vio el pueblo quiso matarlo y lo hubieran verificado a no

⁴ "Los Sitios de Zaragoza. Diario de Casamayor". Prólogo y notas de José Valenzuela La Rosa. Biblioteca Argensola. Cecilio Gasca, librero. Coso, n.º 33. Zaragoza, 1808. (Et manuscrito original de este Diario" obra en poder del Casino de Zaragoza).

Faustino Casamayor. Nació en Zaragoza en 1760. Dedicose en sus primeros años a la carrera eclesiástica; luego abandonándola, desempeñó una plaza de Alguacil de Corte en la Real Audiencia de Zaragoza. De él podría decirse que tenía vocación de periodista, pues se dedicó a relatar en su "Diario", día por día, todo lo ocurrido en Zaragoza, desde 1772 hasta 1832. Gracias a las facilidades y oportunidades derivadas de su cargo pudo obtener en todo momento informaciones valiosas para la redacción de su Diario, por lo que éste resulta un material de gran interés para el conocimiento y estudio de la vida zaragozana a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Casamayor falleció durante la epidemia de cólera de 1834, a los 74 años de edad. Dejó escritos 49 volúmenes de sus *Anales políticos e históricos*, aparte de algunas obras aisladas, entre las cuales se encuentra el manuscrito de los Sitios de Zaragoza.

⁵ En los archivos —en los de Protocolos principalmente— se suele tropezar frecuentemente con escrituras que evidencian la gran cantidad de comerciantes y artesanos franceses que había en las ciudades españolas en tiempos pasados. Por razones que ahora no vienen al caso detallar, muchos comerciantes de esa nacionalidad se establecían aquí, dedicándose principalmente al comercio de lanas, quincalla y tejidos, etc., etc.

Alcaide Ibieca (op. cit.) dice que el día 9 de junio de 1808 se detuvo en Zaragoza a 1.030 franceses residentes, llevándolos a la Aljafería y a la Cárcel de Corte para evitar que el populacho les causase daño. Es bien sabido que en Valencia, al iniciarse los acontecimientos de mayo de ese mismo año, fueron asesinados por las turbas 330 franceses domiciliados en aquella capital.

La existencia de esta abundante "colonia" francesa no es privativa de los primeros años del siglo XIX, como lo evidencian las siguientes notas relativas al siglo XVII:

"Seguí mi camino por Aragón y llegué a Zaragoza, capital de ese reino, ciudad grande y hermosa. Fui sorprendido hasta el último extremo al hallar allí que todo el mundo hablaba francés en las calles. En efecto, hay allí una infinidad de franceses y particularmente de artesanos, que sienten más afecto por España que los naturales del país". (Memorias del Cardenal de Retz, año 1654).

"...en el tiempo de la labranza, de la siembra y de la recolección, les llega gran cantidad de campesinos del Bearne y de otros sitios de Francia, que ganan mucho dinero por sembrarles sus trigos y por recogerse los. Los arquitectos y los carpinteros son también, allí, en su mayor parte extranjeros, que se hacen pagar triple de lo que ganarían en su país. En Madrid no se ve un aguador que no sea extranjero, y la mayor parte de los zapateros y sastres lo son también...". (Antonio Brunel, *Viaje de España*, año 1665).

haberlo puesto en la cárcel del Arzobispo ⁶ al paso que lo conducían a casa del General ⁷; cuya Junta Suprema, ⁸ viendo su atroz delito, le condenó a pena de horca, la que se ejecutó aquella tarde, llevándole a pie desde dicha cárcel al patíbulo ⁹ (con levita y botas, como se hallaba), asistido de un religioso Dominicano navarro, con quien se confesó y declarando moría bien sentenciado, pues había mirado siempre por la Francia ¹⁰. y fue enterrado en San Pablo».

En ambientes tan turbulentos como el de Zaragoza en aquel entonces los bulos y rumores suelen ser tan abundantes o incluso más que las noticias ciertas: la gente aumenta, desfigura y extorsiona, aun sin pretenderlo, porque el afán de pregonar y la curiosidad de saber se hermana para convertir en natural todo lo anormal o exagerado. A nadie se le ocurre ir a comprobar si lo que le han contado es verdad. Por otra parte, ¿dónde y cómo hacerlo? ¡Hay que figurarse la cantidad de cosas que se podrían ver y oír en aquellas calles zaragozanas, llenas a todas horas por la masa de refugiados que, como una avalancha, abandonando todo ante el avance del ejército francés, buscó cobijo tras los muros de la ciudad! ¹¹ El gran valor documental del «Diario» de Casamayor estriba precisamente en haber conservado en sus breves anotaciones, esa atmósfera de bulos, rumores y noticias extrañas tan propia del ambiente especial que se respiraba en la ciudad sitiada, siendo el episodio que comento una de las más curiosas noticias de este cariz. Casamayor nos lo ha transmitido tal y como llegó a él, sin comentarios, con la prosa sencilla de un corresponsal de guerra. Somos nosotros, al cabo de ciento cincuenta años, quienes tenemos que hacerlos. Esta es la labor que desarrollo en las páginas siguientes, analizando y desmenuzando este párrafo que es el punto de partida que he utilizado en mi propósito de averiguar lo que pudo ocurrir entre tudelanos y aragoneses para que éstos creyeran que el día de la entrada de los franceses en Tudela hubo alguna conjura que facilitó a nuestros enemigos la ocupación de la Ciudad.

⁶ Se trata de la cárcel existente a la sazón en el Palacio del Arzobispo, en Zaragoza. Por estas fechas Palafox tenía establecido su puesto de mando en el Palacio de Lazán, perteneciente a su familia, que está próximo al palacio arzobispal. Los detenidos de Egea entraron en Zaragoza por el Puente de Piedra, y para ir desde ese punto al Palacio de Lazán tendrían que pasar necesariamente por delante del Palacio del Arzobispo. El alboroto de la multitud pudo comenzar al otro lado del Ebro, en el Arrabal, y ser de tal magnitud al acercarse el preso al citado palacio que se hizo necesario introducirlo en este edificio para evitar su linchamiento.

⁷ Se trata del General Palafox que, como se ha indicado en la nota precedente, residía por aquellos días en el Palacio de Lazán, que es donde había nacido.

⁸ Organismo de carácter político-administrativo que se constituyó en Zaragoza al iniciarse los sucesos de mayo de 1808. Tenía a su cargo todos los poderes de gobierno de la plaza. Palafox, además de Capitán General de Aragón, era Presidente de la Junta Suprema.

⁹ Casi todas las ejecuciones que tuvieron lugar en Zaragoza durante este período se llevaron a cabo en la Plaza del Mercado, que es donde, seguramente, fué ajusticiado Bordeu.

¹⁰ Esto de que "había mirado siempre por la Francia" puede ser interpretado en el sentido de que Bordeu afrontara valientemente la apurada situación en que se hallaba, y que en esos momentos, lejos de renegar de su país de origen, hiciera manifestaciones de matiz chauvinista. No hay que menospreciar en esta ocasión y en todo lo referente a Bordeu los datos que aporta Casamayor, ya que por su carácter de curial dependiente de la Audiencia de Zaragoza debió de vivir muy de cerca este suceso.

¹¹ Los pueblos quedaban vacíos ante el avance de los ejércitos franceses. Los alrededores de Zaragoza durante el segundo Sitio estaban de tal forma desiertos que no se encontraba alma viviente entre dicha capital y Tudela: así lo atestiguan los documentos franceses de la época. Durante el primer Sitio sucedió algo por el estilo.

Remontándonos en el calendario de 1808 hasta el día ocho de junio, vemos que Casamayor escribió en esa fecha lo siguiente:

«Esta noche volvió el marqués de Lazán ¹² de Tudela, en cuya ciudad mandó ahorcar dos de los principales de aquella ciudad y colgarlos en el puente del Ebro por amigos de los franceses».

Casamayor, que era un buscón de noticias ¹³ —un aldraguero, como se dice en la Ribera— debió de mezclarse con los hombres recién llegados de la zona invadida por los franceses, preguntando a diestro y siniestro, escuchando lo que se decía en los corros y grupos formados por aquellas gentes., reuniendo así los datos que le servirían, luego, para anotar en su cuaderno la ración informativa correspondiente a aquel día. Allí oiría decir aquello de que «los nuestros», «los leales», habían desenmascarado a los dos culpables de la fracasada defensa del pueblo, los cuales, de acuerdo con el clamor popular, habían sido ajusticiados.

¡Y qué merecido lo tenían...!

Pues bien, toda esa fantástica historia está basada sin embargo en un hecho cierto, aunque muy desfigurado. Algo que viene a confirmar el dicho popular de que: «¡Cuando el río suena...!», pero que confirma también aquel otro de que a veces: «Las apariencias engañan...»

Las cosas, en realidad, fueron así:

Ante la incertidumbre de lo que resultaría cuando llegasen los franceses cuya proximidad se conocía ¹⁴, y ante las noticias alarmantes según las cuales no dejaban títere con cabeza allá donde entraban ¹⁵, una buena parte de la población de Tudela, formada por los más timoratos o por los que más tenían que perder, inició el éxodo hacia los campos o pueblos vecinos, con ánimo de

¹² D. Luis Rebolledo de Palafox y Melci, Marqués de Lazán, Mariscal de los Reales Ejércitos, hermano primogénito del general Palafox. Nació en Zaragoza en 1772. Figuró al mando de la fuerza expedicionaria que desde Zaragoza acudió a Tudela con ocasión de la primera invasión francesa. Durante el primer Sitio fue Gobernador Militar de Zaragoza.

¹³ "Hasta tal extremo llegó su obsesión por saber noticias, que en varias ocasiones abrió los pliegos de la Audiencia que se le confiaban y esto le proporcionó serios disgustos". (J. Valenzuela La Rosa en el prólogo del "Diario").

¹⁴ La Junta de Tudela comunicó a Palafox el día 4 de junio que: "...tenía por varios conductos, y en especial por los emigrados, noticias bastante exactas de las muchas tropas de Infantería y Caballería que entraban y salían de Pamplona" y "encargaba la prontitud (en la remesa de armas) pues de cada hora había más urgencia por las noticias positivas que tenían de la actividad y abundantes recursos con que se aproximaba el enemigo". (Citado por Alcaide Ibieca. Tomo I, pág. 30, op. cit.).

¹⁵ En la proclama que Castilla la Vieja dirige a Aragón al comenzar la rebelión en esta región, se dice entre otros párrafos:

"Ocho meses hace nos vemos bajo el cruel yugo de los franceses, que han inundado nuestras Castillas, nuestros pueblos y nuestras mismas casas. ¡Dios os libre a vosotros, nobles aragoneses, de tamaño trabajo! No nos han dejado ni cama, ni bienes; nuestros hermanos han tenido que abandonar sus campos, para surtirles y para conducirles víveres. Sus yuntas y todos sus sudores se han empleado en servirles, con abandono de todas sus obligaciones. ¡Pero qué dolor! No es esto nada para la cruel conducta que con nosotros tienen. Sabed que a todos nos han atropellado, amenazado y maltratado. El pobrecito pueblo que ha hecho alguna señal de quejarse de su opresión ha sido víctima de su diabólico terror; son muchos y muchísimos los hermanos que nos han muerto y los atropellos que han causado mil desastres (que ya habrán llegado a vuestra noticia). Estamos tan cargados de su intolerable yugo que nos amenazan con incendiarnos los pueblos ya que no tienen más que sacar de ellos", etc., etc.

salvar la vida¹⁶. Este terror que tan súbitamente se apoderaba de las gentes, producto sin duda de la siembra de bulos alarmistas puestos en circulación con deliberado propósito¹⁷, dio comienzo el día 6 de junio¹⁸, es decir cuarenta y ocho horas antes de que llegasen los franceses, al saberse que se hallaban ya en Valtierra.

He tenido ocasión de leer en el testamento de una distinguida dama de aquel entonces, D.^a Paula Ignacia de Guirior¹⁹, poseedora del Mayorazgo de Ezquerria, cuyos descendientes actuales lo conservan con otros interesantes documentos en un rancio caserón, de bellissimo escudo, que ella huyó de Tudela dicho día seis, llegando hasta Zaragoza, desde donde, a los pocos días, sabedora de que los franceses seguían avanzando, volvió a emprender la huida, hasta hallar cobijo en Lérida²⁰. ¿Qué temor pudo apoderarse de esta señora, de abundante hacienda y casi septuagenaria, para emprender semejante fuga con los rudimentarios medios de locomoción entonces existentes, prefiriendo abandonar su casa, muebles y tierras antes que quedarse en el pueblo? ¡Nada más sencillo! Fiándose de los rumores que inundaban el país, creía D.^a Paula que si los franceses entraban en Tudela, ella y todo el mundo serían pasados a cuchillo²¹. Y lo mismo que ella lo creyeron, también así, otros muchos tudelanos. ¡Aunque, la verdad sea dicha, no conozco a ningún otro, ni siquiera de entre la gente joven, que pusiese tanta tierra de por medio como la anciana doña Paula!

¹⁶ Refiriéndose al día ocho de junio de 1808 el Libro de Sesiones del Ayuntamiento tudelano dice días después: "Una de las notorias ocurrencias fue la casi general emigración cuando en la tarde del ocho entró el Ejército francés mandado por el Sr. General de División, Lefebvre".

¹⁷ En el panorama general de aquellos días las noticias falsas o tendenciosas y las simplemente alarmistas, tuvieron una enorme importancia, como pretenderé demostrar en otra ocasión, ya que a ellas se debió, en gran parte, el súbito despertar de la conciencia nacional y el subsiguiente alzamiento de las regiones. Puede asegurarse que una inmensa red de agentes —ignorantes, la mayor parte de ellos, de la labor que estaban realizando exactamente— traía, llevaba y propagaba noticias y bulos de una región a otra. Estos bulos y rumores, que considerados aisladamente parecen surgidos del mismo pueblo, nacían en realidad en ambientes secretos cuya misión era alarmar al país e indisponerlo con el invasor, es decir: soliviantar al pueblo y remover el amor patrio para hacer frente al ejército enemigo.

El Conde de La Forest, embajador de Napoleón en la Corte de Madrid, decía en su informe de 23 de mayo de 1808 dirigido al Ministro de Asuntos Exteriores francés: "la opinión está atormentada por la continua circulación de un montón de pérfidas insinuaciones..." (Correspondencia del Conde de La Forest, Tomo I).

¹⁸ Este día se supo con toda certeza que los franceses acababan de llegar a Valtierra y Arguedas y que algunos paisanos destacados en las vertientes del término de Marijuán, sobre la carretera de Tudela a dichos pueblos, se habían tiroteado con alguna avanzadilla destacada en misión de descubierta. Ante el temor de no poder evitar que el ejército francés entrara en Tudela por este camino, las autoridades decidieron la voladura de uno de los arcos del puente del río Ebro; cosa que se efectuó seguidamente.

¹⁹ Pertenecientes a la familia de los Señores de Villanueva de Lónguida, Marqueses de Guirior. Era madre de don José Javier Ezquerria y Guirior, Capitán de nuestra Armada, que falleció en 1801 al ser hundido su barco, el "Real Carlos", en el Estrecho de Gibraltar, por un navio inglés. Pueden consultarse datos sobre esta familia en el libro titulado "Un paje en la Corte de Carlos IV", que publicó su descendiente, D. Joaquín Ezquerria del Bayo. La casa solar de esta familia en Tíldela radica en la calle de la Merced, esquina a la de Tornamirra.

²⁰ En esta ciudad permaneció hasta que los franceses la tomaron por asalto, el día 13 de mayo de 1810. Después de esta fecha regresó a su casa de Tudela.

²¹ El 17 de noviembre de 1808 el Mariscal Ney comunicaba a Berthier desde Aranda

Las gentes del pueblo, las que no pensaban en huir, sino en «dar la cara —dicho en términos castizos—, dejaron al principio que se fuera el que quisiese; pero cuando el día siete aumentaron las deserciones —y las de la gente adinerada sobre todo!— formáronse grupos hostiles dispuestos a impedirlo, aumentando el revuelo hasta degenerar en motín callejero, al saberse que el Marqués de Montesa²², uno de los principales propietarios, Regidor Cabo del Ayuntamiento y miembro de la flamante Junta de Gobierno recién nombrada, tenía también dispuesta su marcha. Los más exaltados, apoderándose de dicho marqués, lo condujeron seguidamente a la cárcel de la ciudad²¹, llevándolo por calles llenas de un gentío amenazador, entre empujones, insultos y conatos de agresión. Y lo mismo hicieron con don Manuel de Resa²⁴, otro de los regidores y destacada personalidad social que, por idéntico delito, acababa de ser también detenido. Ambos, sin ningún miramiento, fueron encerrados en un

de Duero: "...La troupe espagnole s'est très mal conduite a Aranda et ses environs et a fait croire anx habitants que les Français passeraient au til de l'épée tous les habitants des villes ou ils passeraient".

El día 22 de dicho mes, desde Soria, vuelve a escribir lo siguiente: "Il est impossible dans ce inoment d'envoyer au Roi une deputation convenable, puisqu'il reste a peine a Soria 150 habitantes de la clase bourgeoise le reste a pris la fuite avec les chefs de la Junte insurreccionelle, d'après le bruit qu'on a repandu que les habitants de Burgos avaient été passes au fil de l'épée".

Estos misinos rumores circulaban de punta a punta del país, y aunque es cierto que los franceses no eran unos benditos, tampoco llegaban a tener la crueldad que se les achacaba.

²² Se trataba de Jorge Montesa y Eguía, marqués de su apellido, vecino de Tudela, donde poseía considerable hacienda. Tenía también otras propiedades en Borja y en Puente la Reina. Vivía en la Puerta de Zaragoza, Cuartel 4.º, casa n.º 99 y 100, que es la situada entre la calle de Gaztambide y el río Queiles; en ella está instalado hoy el Casino de Tudela. En su juventud fue marino, pero pronto, abandonando toda actividad que no fuera el cuidado de su hacienda, quedóse en Tudela donde, soltero, vivió hasta el año 1825, en que murió víctima de la gota. Fue enterrado en la cripta de la iglesia del Hospital de N.ª Sra. de Gracia, donde yacían su padre, otros antepasados y don Miguel de Eza, fundador de este centro benéfico. Falleció sin dejar descendientes directos, por lo que el título pasó a su sobrino D. Evaristo San Clemente. Era socio fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Tudela.

²¹ El itinerario que debió de seguir el Marqués cuando lo llevaban detenido sería, seguramente, por la bajada de San Francisco, calle de las Verjas, plaza de San Jaime, calle de la Rúa y actual calle de la Cárcel Vieja.

²⁴ D. Manuel de Resa era otro distinguido tudelano de aquellos tiempos. Como infanzón y acaudalado propietario, estaba insaculado y había pertenecido a numerosos Ayuntamientos de la ciudad. En 1808 era ya muy anciano y estaba bastante delicado de salud. Falleció en 1810, en su casa de la calle del Pontarrón. Después de ser puesto en libertad a la entrada de los franceses, continuó asistiendo al Ayuntamiento como uno de sus miembros principales y prestando servicios administrativos de acuerdo con su calidad de Regidor. En la Sesión municipal del 27 de julio de 1808 manifestó: "Que estuvo expuesto por muchas veces a perder su vida con los soldados extranjeros, poniéndole las espadas en el cuello y sacándolo de la Casa de Ayuntamiento agarrado por razón de los cambios de las monedas, pretendiendo más de su valor, por lo que tuvo por conveniente hacer que el Sr. Comandante mandase poner un tanto del valor de cada una en idioma francés, bajo su firma, y aun con todo, posterior a ello, se vió en repetidos lances iguales a los anteriores".

No es extraño que, teniendo en cuenta su delicado estado de salud, sus muchos años, los disgustos ocasionados por la detención de que fue objeto y los sofocones que le daban los soldados franceses que acudían al Ayuntamiento a cambiar moneda francesa por española, falleciese al poco.

calabozo y ahorrados con grillos y cadenas como vulgares delincuentes²⁵. Bueno, aclaremos, como delincuentes de aquel entonces, porque hoy ni al más inhumano criminal le cargarían con tanto hierro como el que pusieron a aquellos dos ciudadanos, tan estimados y dignos de respeto hasta unas horas antes.

¡Lo que prueba que la gente no estaba para bromas!

Miradas las cosas a la luz de hoy, con el ánimo tranquilo y la perspectiva propia de los ciento cincuenta años transcurridos, no comprendemos bien, seguramente, la gravedad del delito de aquellos hombres, ni tampoco la reacción tumultuaria que ocasionó. Pero no debemos olvidar el ambiente que se respiraba en las calles de Tudela durante aquellos días —semejante, desde luego, al del resto de España— y que ya había dado lugar, tres días antes, en esos mismos lugares, al gravísimo incidente de la detención y lapidación, del Conde de Fuentes y su criado²⁶.

Los detenidos, estrechamente vigilados y continuamente insultados por los que tenían acceso al calabozo, pasaron la noche más amarga de su vida, sin saber qué sería de ellos: tanto si los franceses se presentaban de pronto y los «bárbaros»²⁷ del pueblo les hacían frente, como si el enemigo, demorando el ataque, se estacionaba en las proximidades de Tudela. ¡Todo cabía temer de aquellos exaltados que no sabían distinguir la distancia que media entre la pusilanimidad y la traición!

Antes de seguir adelante quiero aclarar que estos dos detenidos, el Marqués de Montesa y D. Manuel de Resa, son, sin lugar a dudas, puesto que no hubo otras detenciones²⁸, aquellos dos «traidores» a que se refería Casamayor el día ocho de junio y que, según sus informadores, habían sido ahorcados y colgados del puente de Tudela por orden del Marqués de Lazán.

²⁵ Según un inventario del año 1777 titulado: "Auto de entrega de los presos y enseres de la Cárcel a Manuel Falces, Alcayde interino", que figura en el Archivo del Ayuntamiento tudelano, había en esa fecha en la cárcel los siguientes "utensilios":

2 pares de grilletes.

3 cadenas, una grande y otra pequeña,
una argolla para el cuello

2 argollas para el pie

un candado para la cadena

la penza para azotar y la marca (para marcar a fuego).

En el común de en medio dos cadenas fijadas en la pared.

Un cepo en el común alto, con su cerraje y llave.

Otro cepo en dicho común alto.

12 pares de grillos.

Como puede juzgarse por la relación de todo ese material, del que aún quedaría la mayor parte en 1808, a los presos de aquel entonces se les sujetaba concienzudamente.

²⁶ Véase "Príncipe de Viana", n.º 82-83: "Tudela durante la guerra de la Independencia. Prisión y muerte del Conde de Fuentes".

²⁷ En el Archivo General de Navarra se conserva un oficio del Administrador General de Rentas, D. Félix Bergado, en el que comunica —con fecha 28 de junio de 1808— que el "sobrecogedor de Tudela" le había dado cuenta del saqueo de su casa y caudales por las tropas de Lefebvre. Y añade: "...hemos pagado los inocentes la culpa de cien bárbaros del pueblo, que se sublevaron". (Documento citado por Florencio Idoate en su "Catálogo de documentos de la Sección de Guerra del Archivo General de Navarra, relativos a 1ª guerra de la Independencia 1807-1808" (inédito).

²⁸ "Estos fueron los únicos excesos que se cometieron, pues aunque también reconocieron la casa del presbítero don José Marzal, creyendo encontrar en ella una porción de esposas traídas para aprisionar la juventud española, esto se hizo con bastante quietud, a la que contribuyó el Ilmo. Sr. Obispo con su presencia en la misma casa y el pueblo quedó tranquilo y satisfecho". (Yanguas y Miranda, op. cit.).

Pero el folletín de estos dos hombres no tuvo en realidad —¡gracias a Dios!— tan desastroso final como el que, según vemos, circuló por Zaragoza entonces.

Después de pasar en la cárcel muchas horas, cargados aún con grillos y cadenas, tuvieron la suerte de que la cosa llegara a oídos del citado marqués de Lazán, que había acudido a Tudela con el refuerzo de hombres y armas que Palafox enviaba para contener a los franceses²⁹, y el marqués, cuya autoridad nadie discutía en aquellos momentos, en consideración a la categoría social de los dos detenidos, ordenó que fuesen trasladados a la sala de visita del Ayuntamiento³⁰; desde donde, horas después, fueron puestos en libertad al entrar los franceses en el pueblo³¹.

Es cierto, pues, que el marqués de Montesa anduvo tachado de traidor y afrancesado³² y que faltó poco para que su pretendida huida terminara de mala manera. Pero su compañero de infortunio no fue, como se ha visto, José Bordeu; y sin embargo, cuando el dos de julio siguiente Casamayor habla de que el marqués de Montesa y su cómplice José Bordeu entregaron Tudela a los franceses y que por esta acusación Bordeu fue ajusticiado, no se puede

²⁹ En la reunión de Cortes habida en Zaragoza el día 9 de junio de 1808, el intendente, D. Lorenzo Calvo de Rozas, leyó un escrito de Palafox, al que pertenece este párrafo: "He nombrado con toda la plenitud de poderes por mi teniente y por general del ejército destinado a este objeto (a auxiliar a Tudela) al excelentísimo señor marqués de Lazán y Cañizar, mariscal de campo de los reales ejércitos, que marchó el día 6 a las doce de la noche con algunas tropas y las competentes anuas y municiones. No puedo «ndar de su actividad, patriotismo y celo, ni dudará V. E.", etc.

³⁰ "Los insaculados en las bolsas de Ayuntamiento tenían la prerrogativa de no ser puestos en prisión en la cárcel pública, sino en la sala llamada de "Visita", en la casa de Ayuntamiento". ("Diccionario Histórico de Tudela", Yanguas y Miranda).

Los dos detenidos, por su categoría de insaculados, no debieron ser encarcelados en Jos calabozos destinados a los presos comunes, pero el pueblo, que fue quien los condujo a la cárcel, no estaba aquel día como para reconocer privilegios a quienes consideraba traidores.

³¹ El marqués de Montesa fue nombrado seguidamente Alcalde de Tudela por el General Lefebvre-Desnouettes, ya que el Alcalde en propiedad, D. José María Cortés, había huido después del combate.

El jefe del ejército invasor se alojó en el palacio de Montesa durante los cuatro días que permaneció en Tudela. Conviene destacar que, hasta entonces y después de esta fecha. Jas casas tudelanas elegidas para alojamiento de los personajes de categoría que habían de pernoctar en ella, fueron: o el palacio del Marqués de Huarte, en Jas Herrerías, o la casa de la familia Apérregui, en la Rúa. Deduzco que el marqués de Montesa, al entrevistarse con el general francés después de haber sido nombrado Alcalde, ofrecería a éste su casa y él la aceptaría gustoso, estimando que se trataba de la hospitalidad de un "simpatizante" que, gracias a él, había recobrado la libertad. Yanguas nos dice que el marqués aprovechó su trato amistoso con Lefebvre-Desnouettes para influir en el ánimo del general en favor de los vecinos de Tudela, "habiendo encontrado siempre bastante compasión y benevolencia en dicho General, que tomó muchas providencias contra los excesos de sus soldados".

El marqués sólo actuó de Alcalde durante una semana, pues habiendo regresado a Tudela don José María Cortés volvió a ocupar su puesto al frente del Ayuntamiento.

³² El Marqués de Montesa, dolido y abochornado por lo ocurrido el día de su detención, y deseoso de que en aquellas circunstancias tan peligrosas nadie sospechase de su patriotismo y lealtad, gestionó cerca del General don Pedro González Llamas Jefe del Ejército de Valencia y Murcia, que se hallaba en Tudela en el mes de octubre siguiente, el que se hiciera una averiguación de su conducta en el pasado mes de junio. Dicho general libró a su favor un certificado, acreditando que, hechas las averiguaciones pertinentes, resultaba el marqués libre de toda sospecha de infidelidad a su Rey y a su Patria. Don Jorge Montesa presentó esta sentencia del general González Llamas en la Sesión municipal del 20 de octubre de 1808, para que se hiciera pública y constara en acta.

dejar de pensar que esto tiene relación con aquel percance del día de la frustrada huida del Marqués y de que existe una confusión de personas y de hechos al hacer del francés su compañero de infamia en sustitución de D. Manuel de Resa y al convertir en un delito de lesa patria lo que, a lo sumo, podría calificarse de prudente retirada o de un simple acto de pusilanimidad.

Llegados a este punto me planteo la siguiente cuestión: Si los cargos hechos a Bordeu llevaban aparejada una misma culpa y un mismo grado de responsabilidad para el marqués, como se desprende de la acusación formulada «por el pueblo», no cabe duda de que si en estas fechas, por uno u otro medio llega éste a aparecer en Zaragoza, habría sufrido la misma pena que él. ¡Y sin embargo nos consta, como se ha visto, que el procer tudelano era totalmente inocente y ajeno a semejante traición!

¿Por qué no suponer, entonces, que también Bordeu fuera inocente y que el tal delito sólo existió en la imaginación de sus acusadores?

¿Se tratará de un error judicial nacido de la pasión derivada de las trágicas circunstancias por que Zaragoza, con el enemigo a sus puertas y aguantando un feroz bombardeo, pasaba aquellos días?

Yo así lo creo y me fundo, aparte de lo que ya tengo dicho, en que en ningún libro, alegato o memoria de después de la guerra se hace referencia a que los franceses entraran en Tudela porque alguien, desde dentro, les ayudara. ¡Recuérdese a este fin que Yanguas y Miranda, Secretario del Ayuntamiento tudelano por aquel entonces y que tenía motivos para estar bien informado, redactó después de la guerra un escrito³³ en el que explicaba ce por be cómo entraron los franceses en Tudela en la fecha citada! De haber habido algo anormal, además de por otros conductos, lo habríamos sabido por él.

Además, si miramos las cosas serenamente, ¿era necesario a los franceses que se les prestara alguna ayuda para entrar en el pueblo? ¿Es que unos centenares de hombres mal armados, indisciplinados, sin instrucción militar³⁴, podían oponer seria resistencia a un División³⁵ imperial compuesta de gente experimentada³⁶, con toda clase de medios, con suficiente artillería y caba-

³³ "Relación de los principales sucesos ocurridos en Tudela desde el principio de la guerra de Bonaparte hasta la expulsión de los franceses de España".

³⁴ "Nuestra gente, todos paisanos, era bisoña y tan inepta que por la mayor parte ignoraban no solo el manejo del fusil, sino también cargarlo y por el contrario la tropa francesa era aguerrida y su caballería formidable", dice una carta fechada en Zaragoza el día 13 de agosto de 1808 y que fue publicada en el n.º 61 del "Diario de Valencia", correspondiente al miércoles 31 de agosto de 1808.

³⁵ Hay diversas opiniones respecto a la cuantía de los efectivos franceses el día del combate de Tudela. Estimo que Alcaide Ibieca, al hablar de "Cuatro mil hombres entre Infantería y Caballería, siendo la última proporcionalmente más numerosa, y parte armada con lanzas" da una cifra prudencial y digna de crédito.

³⁶ Los franceses contaban en sus filas con oficiales y jefes prestigiosos, con una sólida experiencia adquirida en cientos de batallas anteriores. Su jefe supremo era el General de División Lefebvre-Desnouettes, Jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército del Mariscal Bessiéres. Lefebvre tenía madera de buen soldado; era a la vez audaz y afortunado: condiciones necesarias, ambas, para triunfar en la guerra. Napoleón, que gustaba tenerle a sus órdenes directas, veía en él un futuro Mariscal del Imperio, distinguiéndole con su estima y protección y anteponiéndole a otros de mayor antigüedad y grado. Gustaba encomendarle operaciones difíciles en las que todo depende de la sorpresa, la rapidez, la audacia y el entusiasmo. Para estos casos Lefebvre era el hombre a propósito. El General Marbot lo define como Jefe de gran valor personal, temerario incluso, pero, a la vez, imprudente como soldado.

Lefebvre-Desnouettes correspondía al Emperador con una fe ciega y una entrega

llería para respaldar a sus infantes? El combate, necesariamente, tenía que terminar como terminó: que es como días después, sin presuntas entregas ni traiciones, terminaron también las acciones de Mallén y Alagón³⁷. Así que aunque estemos dispuestos a disculpar a quienes, por rumores oídos, alegaban pretendidas traiciones, no tenemos obligación de creer que la cosa fuese cierta.

He tratado de puntualizar hasta aquí que el marqués de Montesa no participó en esta supuesta entrega de Tudela a los franceses el día ocho de junio de 1808. Pero el personaje principal de esta historia no es él, sino José Bordeu y todo lo anteriormente dicho sólo tiene como finalidad hacer la disección del asunto para dejar cada cosa en su lugar y ver de aliviar a este pobre hombre, y sobre todo a Tudela, del sambenito que les pusieron.

Casamayor asegura, como se ha visto, que Bordeu fue ajusticiado por sus culpas en la «entrega» de Tudela y no por hallarse en unión de los soldados franceses comprando vacas en las Cinco Villas³⁸. La realidad de que es cierto que esa fue la razón de la condena queda demostrada por la circunstancia de que sólo él, de todo el grupo, fuese ajusticiado. Y esto, a su vez, se confirma con el hecho de que en el Libro de Difuntos de la Parroquia de San Pablo, de Zaragoza, que he consultado, esté inscrito el sepelio de José Bordeu el día tres de julio³⁹ del citado año y no haya en él rastro alguno de los citados soldados franceses⁴⁰.

total de su persona. Era un servidor leal que en todo momento se hallaba dispuesto a cumplir cualquier orden, por difícil y arriesgada que fuera, con los sacrificios que fueran necesarios y sin temor de las consecuencias que pudieran derivarse.

Por su ardiente subordinación a Napoleón durante los Cien Días, tuvo que emigrar de Francia para poder conservar la vida. Refugiado en América en 1815, pereció en el naufragio del "Albién" al retornar a Europa años después (1822).

Cuando el combate de Tudela contaba 35 años de edad y acababa de ser promovido al grado de General de División.

³⁷ Algunos de los dispersos de Tudela, reforzados por otras unidades que llegaron de Zaragoza, lograron reagruparse en Mallén, donde, el 13 de junio, fueron atacados por Lefebvre-Desnouettes y nuevamente puestos en franca huida.

El día siguiente, 14 de junio, algunos componentes de estas mismas fuerzas, aumentados con las que desde Zaragoza llevó Palafox personalmente, volvieron a enfrentarse con los franceses, siendo derrotados por tercera vez en una semana.

³⁸ Por lo visto los franceses no escarmentaron con lo sucedido en Egea a la partida de soldados que, con José Bordeu, fueron hechos prisioneros, ya que el día 9 de julio siguiente Casamayor vuelve a escribir en su "Diario"; "Cerca de las diez llegaron de Egea cuarenta y tres franceses que, habiendo ido en busca de vacas a dicha villa, los hicieron prisioneros; los cuales, unidos a los siete que se habían pasado, fueron conducidos al Castillo de Monzón".

³⁹ Folio 217 vto. del Tomo 20 de Difuntos, que empieza en 1801 y termina en 1808, de la Parroquia de San Pablo, de Zaragoza:

Al margen: "Bordeu. Por el decreto adjunto mandada enmendar.

Dentro: "En Zaragoza en dos de julio de mil ochocientos ocho murió Josef Bordeu, natural de Isaste, en Francia, vecino de Tudela, viudo de Isabel Laplaza, deja una niña, y fue sepultado en tres de dichos, en el Cementerio de San Pablo; mandado ajusticiar por la Junta Suprema del Gobierno". Firmado y rubricado: "O. Ignacio María Villa, Pror.—Mn. Josef Burriel, Coa."

Esta partida de defunción Deva unido un decreto del Arzobispado rectificando el apellido, que antes constaba escrito Burdeos.

Me figuro que el apellido de Bordeu, por su carácter de extranjero y, por lo tanto, poco usual entre nosotros, debía dar lugar a errores cada vez que alguno de nuestros compatriotas tenía que escribirlo. Casamayor lo escribe "Bordois", Alcaide Ibieca "Burdeos", es decir, igual que como fue escrito en el registro de la Parroquia de San Pablo cuando fue llevado a ella para su sepelio.

Pero, ¿cuál sería realmente la actuación de este hombre por aquellos días? He sabido que el día seis de mayo de 1808 se hallaba preso en la cárcel de Tudela⁴¹, sin que pueda precisar si por cuestiones relacionadas con sus asuntos comerciales, si por alguna pelea o discusión (cosa que no hay que descartar por hallarse ya muy alterados los ánimos debido a la penetración y actuación abusiva del ejército francés en España)⁴² o si por alguna otra cosa semejante. De la cárcel salió en esa citada fecha, autorizándosele a permanecer en su domicilio a disposición del Alcalde y Juez de Tudela⁴³. Posteriormente, el treinta y uno de mayo, según datos que obran en el Archivo de Protocolos de Tudela, Bordeu liquida sus cuentas con otro comerciante tudelano, D. Eugenio Bona, mediante la correspondiente escritura notarial⁴⁴. En esa fecha aún se hallaba, pues, en Tudela. Ignoro qué pudo ser de él en los ocho días siguientes, es decir en la semana que precedió a la llegada de los franceses. ¿Pudo ocurrir que, creyéndose en peligro al iniciarse los sucesos de Zaragoza y Tudela⁴⁵, se ausentara de la ciudad, buscando cobijo en casa de alguna amistad o cliente de algún otro pueblo cercano? ¿Salió acaso al encuentro del ejército que se aproximaba desde Pamplona? ¿Sería él quien condujo a los franceses a la barca de Castejón cuando éstos supieron que estaba cortado el puente de Tudela?⁴⁶ Todo son suposiciones, pues nada cierto se sabe de él desde estos días hasta el 30 de junio, fecha de su detención en Egea.

He querido exponer esa posibilidad de que Bordeu llegara a Tudela con el ejército invasor para demostrar que, tratando de comprobar la acusación de que fue objeto, he tenido presente hasta si su ayuda al ejército francés tendría lugar en los días que precedieron al combate del ocho de junio. Pero es cosa que rechazo porque la tienda de su propiedad fue saqueada como todo el resto de la ciudad⁴⁷ por los soldados franceses al entrar éstos en Tudela: cosa de la que él se habría librado si, acompañándolos en plan de colaborador, hubiera entrado en la ciudad con ellos.

⁴⁰ Estos prisioneros fueron trasladados el día 5 de julio, es decir tres días después de su arribo a Zaragoza, al castillo de Monzón de Cinca, un unión de otros en la mañana de ese día.

⁴¹ El vecino Fermín Germán sale fiador de él para que pueda pasar a su domicilio. Protocolo de Manuel Tarazona, Archivo de Protocolos de Tudela.

⁴² Téngase presente que cuatro días antes había sido la jornada del Dos de Mayo en Madrid y que, aunque esta noticia no hubiera llegado a Tudela todavía, el malestar en toda España era ya evidente.

⁴³ "El Alcalde ejercía la jurisdicción civil y criminal en Tudela, en el lugar de Murchante y en la Bardena". (Yanguas y Miranda, "Diccionario Histórico de Tudela").

⁴⁴ Protocolo de Francisco Urquiza. Archivo de Protocolos, Tudela.

⁴⁵ Tudela se pronunció contra los franceses el día 2 de junio. La víspera había llegado un Correo de Palafox invitando a la Ciudad a hacer causa común con los aragoneses y ofreciendo los hombres y medios necesarios para hacer frente al invasor.

⁴⁶ Los franceses, como ya se ha dicho más arriba, pensaban entrar en Tudela cruzando el puente sobre el río Ebro; pero al saber que éste se hallaba fortificado, defendido por paisanos armados y con un arco volado, determinaron cambiar de itinerario, cruzando el Ebro "por la barca de Alfaro, que la bajaron al sitio donde debía existir la de Castejón, porque ésta la quitaron los vecinos de Tudela para impedir dicho paso". (Yanguas y Miranda, op. cit.).

⁴⁷ Este fue el primer saqueo que sufrió Tudela y es fama que Lefebvre-Desnouettes mandó que se suspendiera por habérselo así suplicado don Simón de Casaviella, Obispo de esta diócesis. El día 23 de noviembre siguiente, después de la llamada Batalla de Tudela, los franceses entraron nuevamente a sacó en la ciudad y, según se deduce de los muchos documentos que he leído referentes a dicho saqueo, los franceses despojaron a los tudelanos hasta de las cosas de más mínimo valor, quedando todos los hogares arruinados.

Creo, por esto, que Bordeu ni ayudó a los franceses antes del combate ni en esa ocasión tampoco. Seguramente permanecería escondido en aquellos críticos días⁴⁸, tratando de salvar el pellejo y de conservar la libertad, presentándose a los franceses después de la toma y saqueo de Tudela. Es más, creo incluso que ni siquiera apareció por Tudela tras el combate, es decir, con posterioridad al día ocho de junio. Lo creo así porque, después del saqueo de que he hablado, ni se hizo cargo ni reclamó los enseres que de su tienda quedaron, habiendo sido recogidos éstos por orden de la autoridad municipal en el Hospital de Nuestra Sra. de Gracia, donde aún se hallaban el día 16 de julio, es decir, catorce días después de su ejecución en Zaragoza⁴⁹. Me figuro que si hubiera estado en la ciudad, aun suponiendo que no hubiera podido evitar el saqueo de sus bienes, sí se hubiera preocupado más tarde de recuperar lo que, tirado y desparramado por los suelos, aún seguía siendo de su propiedad.

El ejército francés, tras haber descansado en Tudela cuatro días, continuó el 12 de junio su marcha sobre Zaragoza. El día trece tiene lugar el combate de Mallén y el catorce el encuentro de Alagón. Calculo como cosa muy posible que pudo ser en estos días cuando Bordeu, saliendo de su supuesto escondite, se puso en contacto con sus compatriotas. A éstos les resultaría utilísima, sin duda, semejante colaboración: su conocimiento de la región⁵⁰ y del idioma unido a la confianza que les merecería por razón de paisanaje, serían suficientes motivos para contar con él de buena gana en lo sucesivo. Y así, actuando seguramente nada más que como un simple guía o intérprete⁵¹ fue hecho prisionero por los paisanos de Egea⁵².

Esto es cuanto, en definitiva, he podido averiguar respecto a este asunto, en el que no se ve por parte alguna que Montesa, Bordeu u otras personas entregaran Tudela a los franceses⁵³.

⁴⁸ La semana que medió desde el día 1.º hasta el ocho de junio fue muy agitada y de indudable peligro para las personas sospechosas de simpatizar con el enemigo. Otro tanto sucedió en Cartagena, Valencia, Murcia, La Corana y demás plazas sublevadas.

⁴⁹ En esta fecha se levantó inventario de los efectos procedentes de la tienda de Bordeu que habían sido conducidos al Hospital para que quedaran allí recogidos y a disposición de su dueño. Los efectos inventariados se componen de: cuchillos, navajas, espejos, agujas, botones, libros, tijeras, peines, cintas, papel pintado, sortijas, canutos de hacer velas de sebo, pañuelos, cucharas, lienzos blancos, telas de colchón, etc. etc. Había también "una docena de vales de clientes y comerciantes de pueblos de los alrededores, reconociendo deudas", así como el libro de Caja y otros papeles sueltos.

Todos estos efectos fueron entregados en concepto de depósito, por orden del Ayuntamiento, al también comerciante D. José Inda. (Protocolo de Manuel Tarazona.) En 1810 el padre de José Bordeu, tutor de la hija de éste, reclamó desde Francia el envío de todos los efectos propiedad de su hijo que hubieran quedado en Tudela, siéndole entregados, según consta en el correspondiente protocolo que autorizó Francisco Urquiza. (Archivo de Protocolos, Tudela).

⁵⁰ Las escrituras notariales que he consultado dan idea de que conocía y frecuentaba los pueblos y la comarca vecina de Tudela.

⁵¹ Alcaide Ibica, mal informado, le llama "el Comisario de Guerra Burdeos".

⁵² Fueron detenidos el día 30 de junio, a las seis de la mañana, en la posada pública de Egea de los Caballeros. El grupo se componía de trece soldados de Caballería y doce de Infantería, además de Bordeu.

⁵³ En el párrafo de Casamayor que ha dado origen a este trabajo se dice: "... don José Bordeu, comerciante francés de Tudela, que fue el que entregó dicha Ciudad a los franceses con el marqués de Montesa". Esta frase podría también interpretarse bajo el punto de vista de que Montesa, como Autoridad y persona representativa y Bordeu, como compatriota y actuando de intérprete, intervinieran en el momento de la entrada de los fran-

Sin embargo, las circunstancias de lo ocurrido en Tudela con el marqués de Montesa la víspera del combate, al llegar a oídos de gentes incultas, defectuosamente informadas, sometidas a enorme excitación y heridas en los más profundos pliegues de su amor patrio, hicieron que en sus mentes el presunto delito del marqués y de Resa (sustituido luego por Bordeu), tomara el carácter de traición y de ayuda al enemigo. ¡De ahí a asegurar que ellos entregaron Tudela a los franceses sólo mediaba un paso! Lo malo del caso fue que el encuentro de Tudela terminó de mala manera; si los españoles hubiésemos rechazado a los franceses, nadie se habría vuelto a acordar de los detenidos y este episodio no habría trascendido fuera. Pero la jornada terminó con la derrota de los nuestros y la masa de combatientes aragoneses hubo de replegarse a su lugar de origen. Es entonces, al contemplar el desbarajuste del combate⁵⁴, de la retirada y de los consecutivos reveses de Mallén y Alagón, cuando nace en estos hombres defraudados y desmoralizados la idea de que han sido entregados, vendidos al enemigo y, contagiándose unos a otros, acaban todos -creyéndolo sinceramente⁵⁵.

Sabemos que en Zaragoza buscaron refugio, también, muchos tudelanos patriotas⁵⁶ de los que, después del combate, no queriendo entregarse o ser hechos prisioneros en sus casas, se retiraron mezclados con los aragoneses del marqués de Lazán. Y estos hombres, muchos de los cuales pulularían por calles y plazas, sin ocupación ni domicilio, engrosando esas muchedumbres excitadas y malhumoradas que en los días de motín o en circunstancias como las que la ciudad estaba viviendo jalonan su camino de violencias y atropellos, al reconocer entre los franceses a Bordeu, que había vivido junto a ellos en Tudela como un manso cordero y al que ahora volvían a encontrar en unión de aquellos saqueadores y asesinos, sus paisanos, suscitarían contra él las iras

ceses, facilitando mediante su gestión directa los trámites de aquel momento. Pero, de haber sido así, a Bordeu no le habrían saqueado su tienda, y aun contando que no hubiera podido evitarlo, sí habría podido hacerse cargo de los efectos abandonados por los saqueadores. En cuanto al Marqués de Montesa, si hubiera intervenido de manera tan saliente y destacada, habría sido perseguido, luego, como "colaboracionista" y nos consta que no fué así.

⁵⁴ "...se retiraban (los paisanos aragoneses) sumamente exasperados porque les habían faltado cartuchos en razón de la mala distribución que habían hecho los tudelanos de los que les habían enviado y no cesaban de dar voces y de apellidar traidores no sólo a los navarros, sino, además, a los jefes aragoneses que les habían conducido a aquel país". (Escrito por el marqués de Lazán en los comentarios que hizo a la obra de Alcaide Ibieta).

⁵⁵ En esta guerra, como en todas aquellas en que los mismos compatriotas se hallan divididos en dos bandos de ideologías opuestas y en que todo marcha a compás de la improvisación, se dió ese fenómeno clásico que podríamos llamar "psicosis de espionaje". ¡Todo el mundo ve espías y traidores en cuanto se produce una derrota! En esos casos las retiradas suelen dar lugar a persecuciones insensatas, como aquella de que fue víctima el General Castaños después de la batalla de Tudela, o aquella otra que costó la vida al General don Benito Sanjuán, después de la derrota de Somosierra.

⁵⁶ Muchos de ellos serían gente "del montón", de los que, asomados a las tapias y troneras de Zaragoza, contribuyeron a rechazar al enemigo en sus repetidos ataques. Pero los hubo también que tuvieron una actuación muy destacada, como D. Francisco Arnedo y Antillón, Teniente Coronel agregado al Estado Mayor, que estuvo de Comandante en la Puerta Quemada desde el 15 de julio hasta el 8 de agosto de 1808; el Capitán D. Pedro Romeo, que mandó la puerta del Carmen, donde murió el día 22 de julio; el Coronel D. Francisco Milagro, el Capitán D. Alberto Sagastibelza, los Tenientes D. Nicolás Mediano y D. Justo Pastor, etc. etc. Todos ellos son citados elogiosamente en los documentos de la época.

del populacho. Porque, ¿quién sino los tudelanos habrían podido reconocer entre los prisioneros al vecino de Tudela, al presunto espía o cómplice de la traición de aquella jornada? Para los demás no pasaba de ser un completo desconocido o, mejor dicho, un francés vestido de paisano.

No es necesario exprimirse mucho los sesos para comprender las ideas que la sorpresa haría nacer en la sencilla mentalidad de aquellos hombres. La presencia de Bordeu allí, razón indudable de convivencias y entendimientos anteriores, explicaba las recientes calamidades, las repetidas desgracias y la facilidad de las victorias enemigas que ellos, por razón de patriotismo y orgullo nacional, se resistían a aceptar como cosa lógica y natural.

Los gritos de estos tudelanos apostrofándole, contagiarían a aquellas gentes sedientas de sangre enemiga que, estando ya muy excitadas por los acontecimientos que a aquella misma hora estaban ocurriendo en Zaragoza, encontraron en Bordeu la víctima propiciatoria que ese día necesitaban. Porque, no cabe duda, en ocasiones así, la muchedumbre, arrastrada por la pasión política o patriótica, puede llegar al extremo de «necesitar» para su tranquilidad y satisfacción alimentarse con sacrificios diarios semejantes a los que conoció Francia en la época del Terror. En esos casos basta con una pequeña minoría de exaltados para imponerse a todos, desbordando a los timoratos y sentimentales que desearían actuar con métodos menos crueles. En Zaragoza, a causa de las circunstancias y de la especial virulencia de aquella guerra, hubo también una masa vocinglera y deseosa de sangre, dispuesta a presenciar, sin perderse una, la no pequeña serie de ejecuciones que tuvieron lugar en la ciudad por aquellos días⁵⁷. ¿Quién puede dudarle después de leer los «diarios» o «memorias» de los testigos de los Sitios? ¿No es cierto, por ejemplo, que nos parece estar contemplando una fotografía —aunque casi, casi, por reducir el anacronismo, mejor sería hablar de daguerrotipos— de esa multitud encrespada y sanguinaria al leer estas palabras de Casamayor: «...inmediatamente que lo vió el pueblo, quiso matarlo, y lo hubiera verificado a no haberlo puesto en la cárcel del Arzobispo»?

Aparte de las razones que he expuesto como causantes de la gravedad del castigo impuesto a Bordeu, debo también señalar que el «pobre diablo», como dicen los franceses, tuvo la desdicha de ser llevado a Zaragoza un día en que, debido a los acontecimientos militares, los ánimos se hallaban extraordinariamente excitados. Desde la víspera la ciudad estaba siendo sometida a un violento bombardeo⁵⁸, que había hecho a la gente lanzarse a la calle, llena de

⁵⁷ Es natural que en circunstancias tan graves como las que Zaragoza estaba viviendo aquellos días, se dieran casos de traición, deserción, malversación y otros semejantes que, por la naturaleza de las circunstancias, llevaban aparejada la pena de muerte. En una carta dirigida a su madre por don Pedro M.^a Ric, aquellos días, se lee: "Madre y Señora: No ha sido posible responder a la última de Vmd. porque apenas queda instante libre, pasando todo el día en la cárcel formando procesos a la infinidad de presos que traen..."

Palafox y la Junta tuvieron especial cuidado de mantener en pleno vigor las instituciones jurídicas de la plaza, por lo que los detenidos eran juzgados y sentenciados, generalmente, por Tribunales civiles o militares legalmente constituidos. Pero no se pudo evitar, tampoco, que en alguna ocasión el pueblo administrase justicia por su cuenta, como estuvo a punto de suceder con Bordeu, según hemos visto. El "Diario" de Casamayor da idea de algún que otro caso en que sucedió esto.

⁵⁸ El bombardeo comenzó a las doce en punto de la noche del día 30 de junio. "A todos los vecinos causó este nuevo accidente de la guerra, jamás conocido en Zaragoza, el mayor cuidado y consternación, al ver el fuego tan vivo que caminaba por el aire, salién-

temor y de rabia, sin considerar que lo más recomendable en esas circunstancias hubiera sido permanecer en los sótanos o plantas bajas de sus casas. Los franceses, sincronizándolo con el bombardeo, habían desatado un ataque en toda regla contra las fortificaciones y puertas del recinto amurallado, con ánimo de penetrar en la ciudad; y lo habrían conseguido, probablemente, si en el Portillo, una muchacha del pueblo llamada Agustina Zaragoza no hubiera sido capaz de dar fuego a un cañón cuyos sirvientes yacían muertos ⁵⁹.

No es extraño, pues, que en semejante día los aragoneses saldaran en: José Bordeu todo el odio y afán de venganza que llevaban dentro. ¡Lo raro, lo verdaderamente raro dadas las circunstancias, es que se salvaran aquellos veintiséis soldados que con él trajeron prisioneros!

Este episodio de la muerte de Bordeu, denotador de un estado de ánimo y de una opinión generalizada, demuestra la idea tan equivocada que en Zaragoza se tenía de lo sucedido en Tudela, puesto que una acusación hecha de manera tan poco ortodoxa fue tenida en consideración, sin dar lugar a que, por investigaciones posteriores, se comprobase si los hechos eran ciertos.

Después de la ejecución de José Bordeu aún duró mes y medio este primer Sitio de Zaragoza. A mediados de agosto los franceses, siguiendo una absurda estrategia, que hizo a Napoleón escribir que el ejército parecía mandado no por generales sino por inspectores de Correos ⁶⁰, levantaron el cerco —mejor sería decir «semi-cerco»— que tenían puesto a la ciudad. Pocos días después, continuando su retirada, evacuan también Tudela ⁶¹. Es en ese momento cuando las acusaciones de los aragoneses respecto a los tudelanos toman carácter oficial, al contestar Palafox de manera desabrida a la efusiva carta de felicitación y acatamiento que le escribiera nuestra Ciudad y que a continuación transcribo:

«La Ciudad de Tudela al Excmo. Sr. Capitán General.—Excmo. Sr.—Muy señor nuestro y de toda nuestra atención: En este momento en que los ene-

dose todas las gentes a las calles, encomendándose a Nuestra Señora del Pilar, en cuyo solo amparo esperaban salir del riesgo tan inminente..." dice Casamayor.

El fuego de los cañones y obuses continuó durante todo el día 1.º de julio y gran parte del día dos. Durante las 27 horas que duró, dispararon contra Zaragoza, según los partes de los vigías, mil cuatrocientas granadas y bombas. Todavía hoy son visibles en los muros del Pilar las huellas dejadas por las granadas recibidas, aunque, naturalmente, algunos de estos impactos correspondan a bombardeos de otros días y, principalmente, al segundo Sitio.

⁵⁹ La Historia ha perpetuado su nombre, pero se la conoce mayormente bajo el de Agustina de Aragón. Fué premiada con un escudo de honor y las insignias de Oficial.

⁶⁰ Carta de Napoleón a José Bonaparte, escrita desde Saint-Cloud el 16 de agosto de 1808.

⁶¹ En el momento de producirse la evacuación de la ciudad por los franceses, el ejército español, al mando del Conde de Montijo, se hallaba en Borja. Nuestro Ayuntamiento escribió seguidamente un parte a este general, comunicándole la retirada de los franceses, dando lugar esta gestión al episodio que se relata en el siguiente memorial del Archivo Municipal de Tudela: "D. Tomás Xavier de Labastida, Pbro., Can. de esta St. Ig. con el debido respeto a V. E. expone: Que en el día 20 de Agosto del año pasado de 1808 se le tomó de su casa un caballo que tenía, con los avíos de montar, por un ministro de V. S. con el objeto de dar parte al General del Ejército español que se hallaba en Borja de haber evacuado los Franceses este pueblo y habiendo practicado la diligencia pasando a dicha Ciudad y de ella a Mallén el Comisionado de V. S. y regresándose a ésta, lo hizo con tal precipitación que murió el caballo, reventado, en estas inmediaciones, Y aunque V. S. dió la orden para pagarlo, no se verificó por la nueva invasión del Enemigo, etc. etc."

migos acaban de desalojar esta Ciudad que ha tenido la desgracia de existir bajo la más terrible tiranía desde el 8 de junio último en que la subyugaron, en este momento, Señor, en que podemos respirar con libertad aquellos grandes sentimientos de fidelidad hacia nuestro legítimo Soberano, nos dirigimos a V. E. con aquel agradecimiento con que un esclavo libertado se dirige a su libertador: reconocemos firmemente que solo el ánimo constante y generoso de V. E. es quien ha podido abatir el orgullo del Ejército enemigo, haciéndole retirarse con ignominia; damos a V. E. la enhorabuena; nosotros nos la tomamos como tan interesados y ya desde este momento se reputa este Pueblo por el más feliz, en medio de sus fatigas y trabajos, cuando mira la causa de haberlos padecido, que continuamente se nos ha estado repitiendo como pretexto para hacer más tirana nuestra servidumbre.

»En fin. Señor, aquí tiene V. E. la Ciudad fiel, la Ciudad libertada y un Pueblo agradecido, que en medio de su cautiverio ha despreciado los alivios que las súplicas pudieran proporcionarle y que, como siempre, solo esperan sus habitadores el momento de sacrificarse por el Rey, la Religión y la Patria bajo los auspicios de V. E., si tenemos la satisfacción, como esperamos, de ser merecedores de su amparo.

Dios guarde a V. E. muchos años. Tudela y agosto a las 7 de la mañana del 20, año 1808.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. sus atentos servidores.—El Alcalde y Ayuntamiento de la Ciudad de Tudela, Cabeza de su Merindad. José María Cortés, José Amescua y Cortés, Antonio Miranda y Royo, Joaquín Borja, Ramón Pérez, Telesforo Iturralde.—Con su acuerdo: José Yanguas y Miranda, Secretario.—Excmo. Sr. D. José Rebolledo de Palafox y Melci».

A esta carta tan untuosa y enrevesada y cuyo estilo es tan característico de aquellos tiempos, contestó Palafox de la siguiente manera:

«Nunca creí, Señores, cuando en primeros de junio envié a petición de V. SS. a Tudela armas, municiones y una división de tres mil hombres, al mando de mi hermano, para su defensa, ver el resultado tan poco digno de las vivísimas expresiones con que esa Cabeza de la Merindad y toda ella me manifestaba sus deseos de lograr el amparo de Aragón, decidido desde un principio por nuestro amado Soberano Fernando VII, con el objeto de defenderse e impedir la entrada de las tropas francesas, que tanto han devastado esta Provincia por no haberse sostenido esa ciudad.

»No dudo del verdadero afecto de ese pueblo noble y generoso a nuestro Soberano; pero recelo de algunos cuyas traiciones han manchado el nombre Español y cuyos intereses particulares arrastraron quizá a la violencia y opresión del enemigo, causando daños positivos a los honrados aragoneses, en cuya defensa tomo yo la mayor parte.

«Sea en buen hora recibido por mí el homenaje que nuevamente tributa a nuestro amado Soberano esa Ciudad y su Merindad; el Reino de Aragón la abrigará en su seno y la sabrá conservar limpia y libre de enemigos encubiertos, tomando a su cargo la grande obra de extinguirlos y darles el justo castigo que merecen los traidores.

Enviaré un Gobernador y Comandante Militar, que bajo mis principios y detalle que observa este Reino invencible, restituya el buen orden y disciplina, forme los alistamientos y exija la justa y moderada contribución que he acordado en cambio del crecido número de fusiles y demás municiones de guerra que no ha sabido conservar.

»El Augusto Rey Fernando sabrá conciliar la situación en que se ha vista esa Ciudad con la debilidad que dio causa a ella en los principios y sabrá perdonar errores que tanto han costado a esta nobilísima Ciudad por la generosidad con que lo ha sufrido.

»Envíenme V. SS. un detalle de lo ocurrido en esta época y espero que acreditarán en adelante su amor y lealtad a nuestro Soberano, cuya causa, si como Aragón la defendiera esa Ciudad noble y valerosa, hasta que no quede piedra sobre piedra, podrá esperar entonces todo auxilio.

» Tal es el modo con que respondo a su apreciada carta, que me ha sido lisonjera tanto como amargo el recuerdo de su error; entretanto procuro los medios más oportunos para su felicidad bajo las reglas que constituyen la nuestra.

»Dios guarde a V. SS. muchos años.—Zaragoza, 22 de agosto de 1808.—José Palafox.—S. S. Alcalde y Ayuntamiento de Tudela, Cabeza de su Merindad».

Como se ve a través de estas líneas tan altisonantes, que parecen escritas tanto con una finalidad recriminativa como propagandística, Palafox estaba también convencido de que Tudela no se había portado debidamente con ocasión del combate del ocho de junio. El no nombra ni a Montesa ni a ningún otro afrancesado o traidor, pero sus palabras resultan una dura reprimenda que pesa sobre todos.

La contestación del Sr. Palafox —dice Yanguas y Miranda— llenó de admiración a la Ciudad, como ofensiva a su constante lealtad y patriotismo, llegando el agravio hasta colocar ambas cartas (la de Tudela y la contestación de Palafox) en el «Diario de Zaragoza», y en la «Gaceta» extraordinaria de Madrid, de 26 de agosto⁶².

Tudela, por boca de su Ayuntamiento, protestó enérgicamente al ver que sus sacrificios⁶³ y desvelos eran menospreciados por los aragoneses, y entonces

⁶² Por lo visto, las autoridades tudelanas ignoraban, en 1818, que es cuando Yanguas redactó su escrito citado, que también fueron publicadas en el "Suplemento al Diario de Valencia" del martes 30 de agosto de 1808. Da pena ver la pobreza informativa de los periódicos de aquella época. Sólo se encuentran en ellos Manifiestos, alguna que otra disposición Oficial, y alguna que otra carta de algún particular que, por su contenido, muchas veces hace pensar que se trata de alguna pieza confeccionada en el gabinete de Policia con fines propagandísticos. La publicación de las cartas cruzadas entre Palafox y el Ayuntamiento tudelano no tuvo otra finalidad que la meramente propagandista y con este propósito la publicaron los periódicos de Zaragoza, Madrid y Valencia.

El Conde de La Forest, embajador de Napoleón en Madrid, daba de lleno en el clavo cuando escribía en su informe del 12 de septiembre de aquel año:

"Les nouvelles intérieures de l'Espagne (en las "Gacetas") sont ridicules par la haute importance donnée aux plus petits faits, et ont constamment pour objet general d'échauffer le zèle de toutes les provinces par l'étalage du patriotisme de telle ou telle autre".

Pero a esto debemos añadir que, aunque un poco mejores, los periódicos publicados por el gobierno intruso o bajo su inspiración, eran igualmente pobres, y su información, muchas veces falsa, perseguía también infiltrar la propaganda oficial en la mente de los lectores.

⁶³ En el combate de este día los españoles tuvimos 23 muertos, todos ellos a excepción de uno, vecinos de Tudela. Esto demuestra claramente que quienes presentaron combate y aguantaron a pie firme al invasor fueron los tudelanos.

No se ha llegado a saber con exactitud el número de muertos que tuvieron los franceses. El Ayuntamiento tudelano manifestó a Palafox el 26 de agosto, en su segunda carta, que habían sido 200. Yo creo esta cifra exagerada por su desproporción con la de muertos españoles, pero estoy convencido de que, aun así y todo, debieron ser en bastante gran

Palafox, sin mucho convencimiento todavía, pero tratando de suavizar las cosas, contestó en términos más amistosos, pero que aún transparentaban la idea de aquellos hombres de Aragón respecto al comportamiento de los tudelanos. Alcaide Ibieca habla así de esta segunda contestación de Palafox: «Posteriormente el general manifestó a los habitantes de Tudela (que) eran acreedores a la estima y aprecio de los aragoneses y que las expresiones y especies divulgadas solo debían entenderse con los malvados que protegían la causa del déspota».

Con estas palabras del defensor de Zaragoza, en las que no acaba de precisar y materializar sus quejas, parece, sin embargo, que ya debían haber quedado terminadas las cosas. Por lo menos en lo que respecta a Palafox así fue. Pero las calumnias, como todo el mundo sabe, son difíciles de borrar, y mucho más si se han extendido, incluso, por medio de la imprenta, como había sucedido en este caso.

En 1815, después de terminada la guerra, llegó a manos del Ayuntamiento un folleto titulado «Memoria de lo más interesante que ha ocurrido en la Ciudad de Zaragoza con motivo de haberla atacado el ejército francés»⁶⁴, en el que su autor repetía la serie de calumnias relativas al «colaboracionismo» de algunos tudelanos⁶⁵. Esta vez el Ayuntamiento, indignado por la insistencia de una acusación tan sin fundamento y con ánimo de impedir que siguiera propagándose una idea tan deshonrosa para la Ciudad, se dirigió al Rey, con fecha 28 de junio de dicho año, pidiendo satisfacción y el castigo del autor de la difamación. Fernando VII salió del paso mediante una R. O. fechada el 2 de diciembre siguiente, pero tan ambigua y poco precisa, que la acusación, en lugar de condenarse y rechazarse de modo tajante, seguía flotando en el ambiente como un baldón para el honor de los tudelanos. Por este motivo la Ciudad contestó a su agente e intermediario en Madrid, el Oficial de la Secretaría de Gracia y Justicia, D. Justo Pastor Pérez (natural de Tudela), «que no se daba por satisfecha y que una desgraciada complicación de causas hacía que la verdad estuviese todavía aprisionada, pero que conservaba la esperanza de lograr mejor ocasión para insistir en que se le hiciese justicia».

¿Y cuál podía ser esa desgraciada complicación de causas» que hacía que «la verdad estuviese todavía aprisionada»?

número a juzgar por los recibos de jornales pagados a los peones que actuaban como enterradores. En el mes de agosto, es decir dos meses después del combate, aún se efectuaban inhumaciones. (Datos del Archivo Municipal de Tudela).

⁶⁴ "Memoria de lo más interesante que ha ocurrido en la Ciudad de Zaragoza con motivo de haberla atacado el ejército francés", por D. José Darlod, imprenta de la calle de la Greda, Madrid. Año de 1808.

⁶⁵ Los párrafos que el Ayuntamiento tudelano consideró ofensivos y calumniosos son los siguientes:

Página 26.—«Sábese que habían salido con dirección a Zaragoza algunas Tropas francesas, que se aproximaban a marchas dobles y que en breve arribarían a Tudela. Parten varias Compañías de aquella ciudad, bastantes para haber hecho una vigorosa defensa si hubieran hallado una buena acogida; pero, por desgracia, sus habitantes no solo yacían en la indolencia sino que, supeditados por jefes tal vez envilecidos por la intriga, se vieron en la dura necesidad de sofocar sus sentimientos».

Página 112.—«En Tudela, a influjo de algunos parciales de Jos Franceses, se ocultaron quinientos fusiles que por medio de comisionados pidieron a esta Ciudad (Zaragoza) para armarse, y el pueblo, que sin duda lo deseaba así, tuvo que ser blanco de la perfidia de los malvados».

Una nota aclaratoria del escrito formulado en 1818 por Yanguas y Miranda y que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de Tudela, deja entrever que ciertas personas, muy encumbradas en aquellos momentos, parecían dificultar el que se aclarase suficientemente cuál había sido la actitud de las Autoridades y pueblo tudelano⁶⁶.

Pero, sepamos: ¿a quién podría perjudicar que se aclarasen los hechos?

Entiendo que sólo a quien pudo haber tenido alguna responsabilidad en lo ocurrido y como, cuando se pierde una batalla, nadie va a pedir cuentas al último Cabo o Sargento, debemos pensar que es el marqués de Lazán, Jefe de las fuerzas españolas en aquella circunstancia, quien debió responder o justificarse por lo sucedido en Tudela el día ocho de junio de 1808. Y creo no equivocarme al pensar que él, u otras personas próximas a él, siguieron interesadas en que perdurara la mala fama o el entredicho, desviando así la responsabilidad hacia otro lado. Como justificación de este supuesto, que no está hecho en forma gratuita, veamos cuál fue la actuación de Lazán en aquella ocasión; la cosa tiene dos versiones, pero coincidentes ambas.

Yanguas y Miranda escribió poco después de los hechos:

«...hacia la medianoche del mismo día 7 llegó a Tudela, desde el Bocal, el Sr. marqués de Lazán, con 20.000 cartuchos, 1.500 fusiles y 4 cañones de a cuatro; inmediatamente se colocaron en los sitios más proporcionados. El Marqués se presentó en la Casa de la Ciudad, de la Plaza Nueva, donde existían algunos individuos de la Junta de Gobierno...⁶⁷. Los individuos de la Junta reconviniéron al Sr. Lazán sobre la tardanza de los socorros que con tanto encarecimiento se habían pedido y se excusó diciendo que nunca se había creído (en Zaragoza) que Tudela tomase con tanta aceleración y calor la determinación de su defensa y que tampoco creyeron que el peligro de la cercanía del enemigo fuese tan seguro. Ultimamente se explicó diciendo que todo era un desorden, que no dudaba que los franceses atacarían y encargó al mismo tiempo, que la gente que quedase se retirase a Zaragoza. Con esto, a lo que serían las tres de la mañana, tomó el Sr. Lazán el camino de El Bocal, sin haberse dignado, siquiera, registrar los puntos de defensa»⁶⁸.

⁶⁶ La nota de Yanguas y Miranda es la siguiente: "Cuando los autores de sus agravios estuviesen más lejos del Trono. De lo contrario era peligroso tocar en una letra los papeles y folletos que trataban de las cosas de Zaragoza, en las cuales tanto se esmeraban sus autores en exagerar su mérito como en abatir el de los otros Pueblos..."

⁶⁷ Se trata de la Junta nombrada en Tudela a imitación de Valencia y Zaragoza, cuando el día 2 de junio la Ciudad decidió alinearse junto a los defensores de Fernando VII. Sobre sus miembros recae el honor de que Tudela sea la primera ciudad de Navarra que hizo frente al invasor y de que en sus campos se riñera el combate que fue algo así como el prólogo de los inmortales Sitios de Zaragoza.

⁶⁸ Las medidas, en cuanto a fortificación, que tomaron los tudelanos antes de la llegada de los franceses consistían, principalmente, en mejorar las posibilidades defensivas que ofrecía el río Ebro, porque por su puente habrían de intentar entrar en la ciudad, a juzgar por el itinerario de su marcha. Se procedió, pues, a la fortificación del Puente, que entonces se adornaba con dos robustos torreones, tal y como se ve en el escudo de Tudela. Los principales trabajos consistieron en cortar, mediante voladura, la primera arcada de la orilla izquierda, delante del correspondiente torreón. Así este tendría por delante una especie de foso, que dificultaría el asalto en el caso de que lo intentaran. Además se dotó a dicho torreón de una puerta con troneras que, para mayor seguridad, estaba protegida por un parapeto formado con sacas de lana. En la parte superior del torreón se abrieron otras troneras y, finalmente, se derribaron los antepechos del puente. Aparte de estos trabajos se fortificó, también, la casa del guarda de la Mejana, con vistas a que desde ella pudieran los defensores flanquear el puente.

Como puede apreciarse, según Yanguas y Miranda, testigo de los hechos, el Marqués no hizo nada más que «acompañar» hasta Tudela a la expedición de cañones, fusiles y cartuchos que enviaba Palafox desde Zaragoza, sin que participase con sus fuerzas, como era su obligación, en el combate que tuvo lugar horas después.

La versión que el propio Lazán dió, al comentar y criticar lo escrito por Alcaide Ibieca en su «Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón», es la siguiente:

«...aunque se les hizo fuego (a los franceses) y se les resistió algún tanto, como no dieron lugar para poder organizar defensa alguna regular y por otro lado el paisanaje estaba en un completo desorden... el marqués de Lazán, que estaba en la plaza con el marqués de Ugarte⁶⁹, juzgó que le era preciso retirarse al Bocal⁷⁰, pues allí (en Tudela) ya nada podía hacer... y temeroso de que las tropas francesas avanzasen al Bocal y cortasen el agua, en cuyo caso no podrían los barcos navegar por falta de ésta, le pareció no debía perder tiempo para esta retirada... embarcando sin dilación, con ánimo de regresar a Zaragoza».

Como se ha visto, el marqués de Lazán sólo difiere de Yanguas y Miranda en cuanto a la hora en que se trasladó desde Tudela al Bocal, confirmando

Como el enemigo se presentó en Tudela por distinto lugar que por donde se le esperaba, los tudelanos no tuvieron ocasión de realizar trabajos de fortificación en Montes de Cierzo y Santa Bárbara, así que el combate tuvo que ser a pecho descubierto. De todas formas, de nada habrían servido las obras que se hubiesen realizado, puesto que el número de defensores era pequeño y la Caballería francesa no habría tenido ninguna dificultad en flanquear las posiciones y envolverlas por la izquierda. En esto consistió, poco más o menos, la maniobra de los franceses cuando el 23 de noviembre de ese mismo año se dió, en esos mismos lugares, la llamada Batalla de Tudela.

⁶⁹ Don Diego de Huarte, primer marqués de Huarte, título concedido en 1796 por Carlos IV. Era Coronel y formaba parte de la Junta de Gobierno recién establecida en Tudela. Durante el verano de 1808 actuó repetidamente de enlace entre la Junta tudelana y Palafox. Falleció en Zaragoza el 16 de diciembre de 1808, es decir, seis meses después de la escena descrita por el marqués de Lazán.

⁷⁰ El Bocal, lugar donde toma sus aguas el Canal Imperial, tenía en aquellos tiempos una gran importancia. En él radicaban las oficinas, almacenes y muelles de embarque de mercancías y pasajeros. Había también talleres, depósitos de herramientas y material, además de los astilleros donde se construían los barcos utilizados en el Canal. La puesta en vigor del Canal, como fácil medio de locomoción y de transporte, supuso para Tudela y los pueblos de tránsito hasta Zaragoza, una mejora evidente. Casi todo el movimiento de viajeros entre Tudela y la capital aragonesa se hacía mediante los barcos del Canal Imperial que, durante la guerra, prestaron un eficazísimo servicio, tanto a españoles como a franceses. Estos se beneficiaron grandemente de él durante los dos Sitios de Zaragoza, utilizándolo para el transporte de munición, armamento y evacuación de heridos. Creo que merece hacerse un detallado estudio de esta vía de comunicación y de lo que supuso su existencia para el valle del Ebro durante sus primeros cien años de funcionamiento.

El marqués de Lazán permaneció en el Bocal desde que salió de Tudela hasta las dos y media de la tarde, aproximadamente. A esa hora volvió a trasladarse a Tudela, pero, habiendo comenzado el ataque de los franceses, regresó precipitadamente a dicho lugar, embarcándose seguidamente con dirección a Zaragoza.

Es curiosa la descripción que Yanguas y Miranda, testigo excepcional en este caso, hace de esta escena:

"El Sr. Lazán apareció en Tudela hacia las tres y media de la tarde... Al poco se oyó tocar la campana María de la Ciudad; preguntó el Sr. Lazán que qué novedad era aquella y respondióle que la de que atacaban los enemigos, mandó aceleradamente poner el birlocho y porque no lo hacían tan pronto, tomó un caballo y con la mayor aceleración marchó camino de Zaragoza, dejando a Tudela en la mayor consternación".

con sus propias palabras que no se puso al frente de sus hombres y que no participó en el encuentro.

A mi entender, este abandono del campo de batalla, sin tratar de establecer contacto con sus fuerzas y sin pensar en reunir las y reorganizarlas después del combate, cuando se produjera la retirada por él prevista⁷¹, demuestra en el Marqués un espíritu muy poco militar y una carencia total del sentido de responsabilidad que en tales circunstancias correspondía tener a quien era el jefe de aquellos hombres y de la operación en que estaban empeñados. Teniendo en cuenta que los franceses se limitaron a ocupar Tudela, sin perseguir a los fugitivos tan siquiera, el tratar de reorganizar a aquellas gantes, deteniéndolas y reuniéndolas cuanto antes, era el deber ineludible de quien las mandaba. Pero el marqués de Lazán, faltando a sus deberes al desentenderse de sus hombres y del enemigo, embarcó «sin dilación», pareciéndole «que no debía perder tiempo para esta retirada», según sus propias palabras.

Quien así actuaba, ¿no merecía que se le abriese un expediente? Y mucho más si se tiene en cuenta que otros jefes, con mucha menos culpa, incluso, fueron procesados y pasados por las armas en aquellos primeros meses de guerra.

Opino que Lazán, una vez en Zaragoza, debió descargar sobre los tudelanos y demás navarros⁷² asistentes al combate, para justificación de su proceder, una buena parte de las culpas que sólo a él correspondían, siendo esta postura suya, aceptada por su hermano, por los miembros de la Junta y el pueblo en general, la base de las acusaciones que luego se formularon contra Tudela.

El Ayuntamiento de Tudela, como he copiado más arriba, manifestaba en 1815 «que conservaba la esperanza de lograr mejor ocasión para insistir en que se le hiciese justicia». (Pero los años han ido pasando, una generación sustituyó a otra... y así quedó la cosa hasta hoy!

⁷¹ Las fuerzas españolas, tanto militares como paisanos, no tenían posibilidad de triunfar de los franceses en batallas campales, como se demostró en repetidos encuentros de los que Bailén sólo es la excepción que confirma la regla. No debe avergonzarnos el tener que reconocer este extremo, puesto que las tropas de Napoleón eran las más aguerridas, las más entrenadas, las de mayor experiencia y las dotadas de mejor material de cuantos ejércitos había en Europa por aquel entonces. Nuestros hombres, sin disciplina, sin conocimientos tácticos, sin jefes experimentados, sólo poseían el entusiasmo propio de quien defiende su patria. En los Sitios de Zaragoza, donde no servían de nada las ventajas favorables a los franceses, los españoles pudieron demostrar que, hombre por hombre valían tanto o más que sus enemigos.

⁷² Al combate de Tudela concurren, además de tudelanos y aragoneses, muchos vecinos de los pueblos próximos. En el Archivo General de Navarra se conserva una carta del Alcalde de Villafranca, dando cuenta a la Diputación el día 13 de junio de que "estaban de regreso en su casa los mozos que habían luchado en la batalla de Tudela y de que habían entregado los fusiles". (Leg. 15. carp. 6. citado por Florencio Idoate).

FUENTES UTILIZADAS

Fondos del Archivo de la familia Ezquerre, de Tudela.
Fondos del archivo Municipal de Tudela.
Fondos del archivo de protocolos de Tudela.
Fondos del archivo Parroquial de San Pablo, Zaragoza.

BIBLIOGRAFIA

- ALCAIDE IBIECA, Agustín, «Historia de los Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón». Imprenta de D. M. de Burgos. Madrid, 1830.
- BALAGNV, Commandant breveté. «Campagne de l'Empereur Napoléon en Espagne. 1808-1809». Berger-Levrault et Cie., Libraires-Editeurs. París, 1903.
- BRUNEL, Antonio de, «Diario del viaje de España», en la colección de «Viajes de extranjeros por España y Portugal». Tomo II, publicado por Editorial Aguilar, Madrid, 1959. Recopilado y traducido por J. García Mercadal.
- CASAMAYOR, Faustino, «Diario de los Sitios de Zaragoza». Prólogo y notas de José Valenzuela La Rosa. Zaragoza 1908. Biblioteca Argensola. Cecilio Gasca.
- DARLOD, José, «Memoria de lo más interesante que ha ocurrido en la Ciudad de Zaragoza con motivo de haberla atacado el ejército francés». Imprenta de la calle de la Greda. Madrid, año de 1808.
- EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín, «Recuerdos de un Caballero Paje de Carlos IV». Madrid, 1944.
- GARCÍA MERCADAL, J., «Palafox, Duque de Zaragoza». Madrid, Editorial Gran Capitán, 1948.
- IDOATE IRAGUI, Florencio, «Catálogo de documentos de la Sección de Guerra del Archivo General de Navarra, relativos a la guerra de la Independencia». Pamplona, 1958. (Inédito).
- LA FOREST, Comte de, «Correspondance du Comte de La Forest, Ambassadeur de France en Espagne, 1808-1813» publiée par M. Goffroy de Grandmaison. París, Alphonse Picard et Fils, 1908.
- LUCAS-DUBRETON, J., «Soldats de Napoléon». Flammarion, Editeur. París, 1948.
- MARBOT, General Baron de, «Mémoires du General Baron de Marbot». Librairie Plon et Nourrit. París, 1898.
- MIOT DE MELITO, Comte, «Mémoires du Comte Miot de Melito». Michel Lévy Frères Editeurs. París, 1873.
- PALAFOX, José Rebolledo de, «Manifiesto a la Ciudad de Tudela».
- PANO Y RUATA, Mariano de, «La Condesa de Bureta y el Regente D. Pedro M.^a Ric y Montserrat». Mariano Escar. Zaragoza, 1908.

- PRIEGO LÓPEZ, J., «Guerra de la Independencia». Editorial Gran Capitán. Madrid, 1947.
- RETZ, Cardenal de, «Memorias», en la colección de «Viajes de extranjeros por España y Portugal», por José García Mercadal. Tomo II. Editorial Aguilar. Madrid, 1959.
- SAINZ, Mariano, «Apuntes Tudelanos». Tomo 1.º. Tudela, 1913.
- TORENO, Conde de, «Historia del levantamiento, guerra y revolución de España». Librería Europea de Baudry. París, 1838.
- YANGUAS Y MIRANDA, José, «Diccionario Histórico de Tudela». En la imprenta de Andrés Sebastián. Zaragoza, 1823.
- IDEM, «Relación de los principales sucesos ocurridos en Tudela desde el principio de la guerra de Bonaparte hasta la expulsión de los franceses de España». Tudela, 1818. Archivo Municipal, Libro 19 n.º 73.
- DIARIO DE VALENCIA, Núm. 60. Suplemento al «Diario de Valencia» correspondiente al martes 30 de agosto de 1808. Núm. 61 del «Diario de Valencia», correspondiente al miércoles 31 de agosto de 1808.